

1492

NI TOSCANELLI, NI NADIE, PODÍA PENSAR ENTONCES EN OTRO
MUNDO, SIN HALLAZGO PREVIO

A muchos sorprenderá el tema de este artículo, sobre todo, á los que saben que estoy consagrado desde edad temprana al estudio de la Historia del Perú, ignorando no pocos que he pasado largos años estudiando los problemas que aún son ignorados en la vida de Colón y cuáles fueron sus inspiradores. Como lo anuncié después de muchos años de trabajo, en París, al Congreso de Americanistas de 1900, y al de Nueva York de 1902, donde de nuevo probé "que no existían las cartas atribuídas á Toscanelli y que la ciencia" no tenía nada que ver con el descubrimiento de América. (sic programa diario del Congreso.)

Los estudios sobre Colón han formado un gran paréntesis de mi vida europea, durante los últimos años del siglo pasado. Ciertas razones de amistad y de prudencia me han impuesto silencio durante los primeros que van corridos del siglo presente, después de mis verdaderos descubrimientos en que nadie pensaba antes. He dejado dormir la solución de esos problemas, permitiendo á otros aprovechar de una gloria que no les he disputado, no sabiendo si debía guardar ese silencio hasta el fin de mi vida, cuando al regresar, inválido, á mi patria, me invita á hablar el mismo amigo que aca-

ba de hacer diversas publicaciones sobre la materia; y á pesar de haber sufrido dos ataques de hemiplegía desde 1903, pensaba en escribir algo cuando casi al mismo tiempo, habiendo pasado cerca de once años que no revuelvo mis apuntes sobre Colón, desperté pensando en Toscanelli, y no recordé precisamente la multitud de argumentos que prueban la falsedad de sus cartas, sino que ví la causa fundamental de esa falsedad, cosa que parecía una inspiración; y á pesar de mi estado, resolví escribir estas líneas, consagradas á probar que Toscanelli ni nadie podía pensar en el siglo XV en la existencia de otro mundo; y en todo caso, sin formar primero el proyecto previo de descubrirlo. Es decir, que á priori es falso que ningún sabio, inclusive Toscanelli, haya inspirado el viaje de Colón, que presupone que otro haya hecho el hallazgo práctico de las playas del nuevo mundo, donde llegó solamente por casualidad, regresando poco antes de morir, dando los datos necesarios al dichoso genovés para que anunciara á las naciones que había hallado el nuevo mundo. Esto quiere decir que antes acumulaba las pruebas relativas á los puntos oscuros de la vida de Colón, probando ser falsas las cartas de Toscanelli y demás inspiradores, y ahora estoy persuadido de la imposibilidad absoluta de ellas; y lejos de estar, como se dice hoy, en el aire, la idea del descubrimiento, no podía entonces pensarse en él en el otro continente, cuando no se conocía más que uno.

No debemos olvidar que en todas las lenguas, "descubrimiento" significa: la realización anunciada antes ó la que se revela á los demás. Cuando ésto no ha existido y se da á conocer un hecho, un secreto, se dice que se ha efectuado un hallazgo.

Sólo el estudio práctico de las pretendidas cartas del astrólogo florentino me ha exigido mucho tiempo y espacio; ahora conozco que debía haber comenzado por donde concluyo, pues las ideas han madurado en estos años de silencio, y este caso probaría, que siempre se comienza por el análisis, para llegar el día menos pensado á la síntesis, ó la verdad absoluta de lo que se ha buscado.

Los que quieran saber algo más sobre esa cuestión, de-

ben consultar la memoria que publiqué en francés, al acabarse el congreso de 1900, y que se publicó traducida por el Director de la "Revista Histórica", sin conocerme, en el tomo primero, número 4.

Volviendo á lo que antes decía, nunca he renunciado al propósito de dar á conocer mis estudios sobre Colón, cuando el tiempo fuera oportuno, si la vida me alcanzaba. Siempre he pensado tratar las cuestiones que se refieren al astrónomo florentino del siglo XV, y así lo escribía al partir para estas tierras, al profesor Gustavo Uzielle, que reside en Florencia y ha consagrado sus mejores años á hacer la apología de Toscanelli, en diversas obras, anunciándole que en Lima volvería á mis antiguos estudios.

En efecto, hoy continúo.

Toda cuestión funda su solución en la manera de plantearla: bien planteada, está medio resuelta, porque la solución consiste precisamente en recordar todas las circunstancias que rodean al problema en el momento en que se realiza el hecho de que se trata. Así, cuando tratamos del descubrimiento de un nuevo mundo, debemos pensar de antemano en todas las circunstancias de lugar y tiempo que intervienen en este acontecimiento.

Debemos pensar que esto pasaba en 1492 y saber cuál era entonces la situación del mundo; quién era Colón, hijo de un hombre del pueblo, cardador de lana y bodeguero, y quién era Toscanelli, un gran astrónomo y matemático, consejero oficial de la República de Florencia, y se le supone también consejero de Colón.

Si nos fijamos en una particularidad que no ha llamado hasta ahora la atención de nadie, la cuestión cambia completamente de aspecto y su solución se hace fácil. Ya no nos fijamos en las cartas mismas, que en tiempos pasados tanto me han preocupado, atribuidas á Toscanelli ó á otros, y las señales de su carácter apócrifo, ni tratamos de probar si son verdaderas ó falsas; bástanos reflexionar sobre el estado del mundo, tal cual era en el siglo XV, y entonces veremos que no sólo eran falsas, sino imposibles, á priori, las cartas de Toscanelli, ó de cualquiera otro.

Nadie ha pensado, en efecto, en la vida europea al finalizar la Edad Media; que era tal, que en todo se pensaba menos en descubrir un nuevo mundo. Esto nos parece absurdo, hoy que ese mundo está descubierto, hace cuatro siglos, y nos es fácil llegar á sus playas; pero entonces, no se conocía más que el continente antiguo y el habitante de él no pensaba en otra cosa sino en buscarse toda clase de bienestar, considerándose rodeado por el Océano, sin que siquiera se le ocurriera á nadie que existiese otro continente, á ciento ó mil leguas de él. Es necesario, pues, trasladarnos á esa época. No se vé, en efecto, ninguna relación de necesidad entre la existencia del mundo antiguo y la del nuevo, y el planeta que habitamos se concebía muy bien, constando del mundo habitado y del Océano que lo rodeaba, sin suponer la existencia de otro nuevo mundo.

Esto quiere decir que, llámese piloto ó lo que sea, hay necesidad de suponer que alguno ha llegado á esas tierras invisibles para que revelara el hecho al mundo viejo y único. Para esto no se necesitaba ciencia alguna, sino tener la suerte de llegar antes que otros á esas playas y que el autor del hallazgo no tuviera tiempo de gozar de él, viéndose obligado á dejar á otro la noticia al verse sorprendido por la muerte.

La ciencia del mundo en el siglo XV, no estaba tan avanzada como se cree. Un amigo de Toscanolli, llamado antes el maestro Pablo, el tan célebre Regiomontano ó Juan Muller, no pensaba en descubrir mundos, sino en hacer instrumentos y almanaques astronómicos, que fueron los primeros que circularon. Esto no quiere decir que éste, que era el más célebre de los astrónomos de su época, no fuera capaz de descubrir el nuevo mundo; pero el círculo de los conocimientos que entonces se tenía, no exigía ni siquiera pensar en esto, limitándose todo en su época á la aplicación de los raciocinios de la escolástica, que por cierto no se elevaban demasiado.

Más aún. Entonces estaba en vigor, en astronomía, la teoría de Tolomeo, que supone inmóvil en el centro al planeta que habitamos, y girando al rededor de él al Sol y los de-

más astros. La escolástica entonces podría emplear su famoso "Utrum" para suponer la posibilidad de la existencia de un nuevo mundo, así como podía aplicarlo á los seres más fantásticos; pero realmente no lo hizo, y no se encontraría en las obras de los escolásticos, desde Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y Pedro Lombardo, ninguno que sostuviese la posibilidad, el Utrum, de la existencia de otro mundo sobre la tierra.

La inteligencia humana no podía elevarse al concepto de tal existencia, si no había ningún presagio ó revelación, ó algo más, de él. Si esto no podía ocurrir á los sabios en esa época, menos podía ocurrírsele á los ignorantes y á los del bajo pueblo, como Colón, que no se entregaban á grandes lucubraciones.

Por eso decía que era teóricamente imposible suponer la existencia de un mundo tan grande ó mayor que el antiguo, cuando nadie lo había revelado y era por lo mismo imposible que nadie pensara en descubrirlo, ni en las fantásticas conferencias de España.

Esto no puede ser sino efecto de la casualidad y no resultado de las cavilaciones de los sabios y de los informes que ellos dieran, cuya ciencia, sea dicho de paso, estaba entonces muy atrasada.

De aquí se deduce que no hay necesidad de examinar las circunstancias especiales que rodean á las cartas, llamadas de Toscanelli, para decir que no existieron, pues queda probado, que ni él, ni ningún sabio de la época, podía pensar en el descubrimiento de ese mundo, ni dar consejo á otro para que lo descubriera.

Las cartas de Toscanelli son, pues, absurdas por mil razones intrínsecas, y ante todo por la imposibilidad de que exista ese pensamiento en el siglo XV, llámese Toscanelli ó Regiomontano ó Montereio, como le decían en España.

Este sí que era astrónomo célebre en su época, más que Toscanelli, y como tal fué llamado por el Papa, antes de morir, para emprender la reforma del calendario, que era entonces la gran preocupación, aunque no se llevó á cabo sino un siglo después.

Regiomontano inventó varios instrumentos astronómicos, tenía su observatorio en Nurember y publicó diversas obras importantes, entre ellas el calendario astronómico; pero no puede decirse lo mismo del sabio florentino, que no nos ha dejado ninguna obra, impresa ó manuscrita, y ni siquiera una carta con su firma.

No se olvide, que la geografía de la Edad Media es rudimentaria y que los únicos que pueden, comparativamente, llamarse geógrafos en esta época, eran los navegantes del Mediterráneo, que inventaron la brújula é hicieron las cartas de los puertos, que llamaron por eso "tulanos". Estos eran los que mejor conocían los viajes, mientras que los astrónomos no miraban sino los astros del cielo y hacían cálculos matemáticos sin ninguna aplicación. No había, por tanto, motivos para preferir á los otros.

El europeo del siglo XV estaba muy satisfecho de su ciencia y de su modo de ser; le bastaba lo que hoy llamamos y que entonces no se llamaba así, Mundo Antiguo, que supone la comparación con otro nuevo que se ha encontrado posteriormente; no se le ocurría que el inmenso Océano se hallara limitado por otras tierras, pues suponía que las suyas eran las únicas y no pensaban en otras semejantes.

El mundo había existido millares de años sin que á nadie se le ocurriera que más allá de las aguas habían otros países. Y aunque no era así, bien podía serlo, pues podían pasar muchos siglos sin que se concibiera la existencia de un mundo distinto. El nuevo Mundo sabemos hoy que existe, pero bien podía no existir antes de que se conociera, como otras cosas.

La ciencia existía, buena ó mala, pero no era indispensable poseerla y al mismo tiempo hacer proyectos de descubrimientos de nuevas tierras; nada amenguaba el concepto que se tiene del sabio el que no se le supusiera preocupado con el descubrimiento de ellas.

No hay, por consiguiente, ninguna extravagancia en suponer que los sabios del siglo XV no se ocupaban, ni era lógico suponer que se ocupasen, del descubrimiento de mundos nuevos, pues por el sólo hecho de tratar de ellos, debían

conocerlos de algún modo, porque su concepto científico presupone el haber encontrado prácticamente las tierras: la teoría supone la práctica, y el piloto de quien tanto se han reído, es necesario admitirlo de algún modo, aunque él (para sí mismo) y por circunstancias especiales, haya guardado el secreto del hallazgo de una tierra de cuya revelación no ha podido gozar durante su vida.

Digo esto por haberse afirmado por los escritores más competentes sobre la materia, en nuestros días, que el descubrimiento de Colón no podía tardar mucho en realizarse porque la idea estaba en la atmósfera, por decirlo así, y el día menos pensado debía tener lugar ese descubrimiento por él ó por otro. Esta opinión ha corrido por todas partes, la ha tenido el célebre colombófilo que acababa de morir en París, Henry Harrisse, y todos la han aceptado como un axioma sin discutirla. Por eso enuncio aquí la opinión contraria que nadie ha sostenido, que yo sepa, y que basta para resolver la cuestión del origen del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón.

Las cartas, cualesquiera que ellas sean de Toscanelli ó de otro sabio, tienen que ser fraguadas, porque son de una época en que ni los sabios, y mucho menos los ignorantes, pensaban en descubrir nuevos mundos.

Cuando sostengo que nadie en el siglo XV podía pensar en otro mundo, teóricamente, es porque supongo que no se puede creer en otro mundo, cualquiera que él sea, sin haber llegado á él ó que de allá nos vengán á visitar. Si no se realiza una ú otra suposición, no hay mundo alguno lejos de nuestras miradas, en que pueda pensar y descubrirlo el espíritu humano.

Este es el argumento, pensamiento fundamental que hace imposible, á priori, que nadie haya ideado hallar el nuevo mundo antes de los tiempos de Colón y se deduce fatalmente que nadie ha podido aconsejar á éste el viaje de 1492. No hay, pues, inspiradores del descubrimiento de América, cualquiera que sea su nombre, sin necesidad de recurrir á las pruebas de hecho.

Me ratifico en lo que digo con la autoridad del cronista portugués Juan de Barros, quien nos dice que en esos tiempos y cuando sus compatriotas descubrieron las costas de Guinea no se viajaba sin perder de vista la costa y así pasaron muchos años de puerto en puerto para ir del cabo Bojador al fuerte de La Mina. No era posible entonces con el astrolabio y sin el sextante hacer viajes de altura al través del mar llamado Tenebroso y para lanzarse por primera vez á través del Atlántico era preciso, por lo menos, tener un derrotero conocido y saber á dónde se iba á llegar. Tal es el caso de Colón; y para eso no necesitaba cartas de astrólogos que no conocían el camino tanto como él.

Este es un modo de estudiar la cuestión de los inspiradores de Colón desde un punto de vista nuevo y enteramente á priori, que hay que aceptar, de grado ó por fuerza, sin recurrir á veinte mil cavilaciones que ocurren á los apolo-gistas del astrónomo florentino ó del autor de la obra atribuída á Pedro de Alliaco. Así se acostumbraba entonces poner el nombre de algún hombre célebre frente á una obra antigua, como sucedió con la Imitación de Cristo, que el mismo impresor, Juan de Westfalia, publicaba con el nombre de Juan Gerson y no con el de Tomás de Kempis.

Cuando pensamos en la Edad Media vemos una sociedad de señores feudales que no nos hablan sino de sus feudos y siervos y de las relaciones que hay entre ellos; vemos creyentes que no piensan sino en la fe y buscan por todas partes herejes albigenses ú otros, y encienden hogueras ó fundan órdenes religiosas para exterminarlos; si recorremos los claustros encontramos monjes entregados á las interminables discusiones de la escolástica. El mundo se vá en pos de los hijos de Mahoma y en todas partes se oye la trompeta para expulsar á los sarracenos del mundo cristiano; los cruzados se preparan á la conquista del santo sepulcro, los caballeros consumen su existencia en torneos y en libros de caballería, como Amadís, mientras tanto que los astrólogos, que son los sabios de la época, pasan sus vigili-as estudiando la alquimia ó la influencia de los astros sobre el destino de los hombres. Todo esto vemos y todo esto imaginamos en la

Edad Media; pero en ninguna parte se divisa el que consagra sus lucubraciones al descubrimiento de tierras nuevas y lejanas.

Los que se han forjado las imaginarias cartas que aconsejaban á Colón el descubrimiento de otro mundo, se figuran que él iba de Corte en Corte preguntando á cada sabio su opinión y si era conforme con la suya, que no podía tener ninguna, naturalmente. No se imaginan, los que así piensan, que no hablamos del siglo XX: ahora reina la electricidad y el telégrafo que nos comunican con el mundo; en el siglo XV las ciudades vivían aisladas y no se había inventado la moderna unión postal universal. Cada uno se comunicaba con sus amigos que vivían en la misma ciudad ó provincia; pero raros eran los que ponían en contacto un país con otro.

Además de ésto, había rivalidades apreciables de país á país y aún entre provincia y provincia, especialmente en Italia, siendo conocida la que existía entre genoveses y florentinos y la que había entre la aristocracia y la democracia ó plebe. En vista de todo esto, ¿cómo se imagina que el hijo de un bodeguero ó plebeyo genovés, se dirigiera á un sabio florentino, cualquiera que fuese, para comunicarle su proyecto y pedirle su opinión, tanto más que ese genovés no se encontraba en Italia sino en Lisboa, y necesitaba un mensajero especial para que sus cartas llegaran á manos del gran asceta y astrólogo de la República de Florencia?

Por eso resultan las cartas de Toscanelli á Colón y viceversa, imposibles, á priori, é improbables cualquiera que sea el sabio á quien se dirijan, pues en esa época, como en la nuestra, hay cartas que se echan al cesto y no se leen, y en tal caso se encuentra la del hijo del bodeguero y cardador que nos ocupa.

Otra reflexión que me ocurre es que, para descubrir el Nuevo Mundo, no se necesita ser grande astrónomo sino navegante, pues los astrónomos antiguos ó modernos estudian los astros que están en el firmamento y sus leyes y muy poco la dirección de los caminos por mar y tierra, que no emanan de los conocimientos astronómicos. Un astrónomo, aún en nuestros días, cuando tanto se sabe, puede ser muy

célebre en sus cálculos celestes, pero no entender lo que se llama geografía, ni mucho menos manejar un buque. En la Edad Media, los únicos que navegaban y tenían conocimientos prácticos de geografía, eran los marinos del Mediterráneo que nos han dejado sus portulanos; pero los astrónomos de entonces no se ocupaban sino de cálculos abstractos sobre los astros y el lugar que estos ocupaban en las llamadas casillas celestes de la astrología, para fijar el horóscopo de cada persona y curar las enfermedades que corrían. Eran médicos, astrólogos y boticarios á la vez; pero no iban más lejos y no hay que esperar de ellos más geografía que el nombre de esa ciencia esencialmente moderna.

Pero no vayamos á imaginarnos que los hombres de entonces pierden el tiempo en cálculos sobre la posibilidad de otros mundos, que deben existir para nosotros, pues el antiguo es muy pequeño, lo que no se le ocurría al que no conocía otra cosa y la idea de comparación de los diferentes tamaños, no nos ocurre sino cuando hay que comparar diferentes extensiones, pues pueden ser las unas mayores que las otras, pero que no pensamos en comparar, cuando una sola es la conocida.

Todo esto se ha dicho para que se vea que la cuestión de las cartas á Colón ó de Colón, no es imposible solamente solamente de hecho, dadas las circunstancias que rodeaban á los que recibían ó escribían tales cartas, sino que es falso el principio general, porque nadie pensaba en esa época en hacer nada ni aconsejarlo á los demás para que descubrieran otros continentes. El mundo no pensaba ni podía pensar en esos descubrimientos y es absurdo suponer que sólo se proyectase y se realizase cuando se trataba de Colón, que no era ningún príncipe ni personaje conspicuo, sino el último de los mortales, que no podía ocuparse de un proyecto que preocupaba ni á los sabios y felices de este mundo.

Es, pues, imposible á priori, es decir antes que todo, el proyecto de descubrir un nuevo mundo á fines del siglo XV.

La correspondencia de Toscanelli no es más que una de las mil aplicaciones que pueden hacerse de este principio.

Estoy persuadido que no podía venir á la mente de na-

die el descubrimiento del Nuevo Mundo y que ese descubrimiento tiene que ser más bien un hallazgo práctico y sin quererlo, hecho por las corrientes atmosféricas que impulsan al navegante á izquierda y derecha, como la tempestad que llevó á Cabral no á Calcuta sino á descubrir el Brasil, sin quererlo, ocho años después de Colón, cuando solo tenía cuarenta años. Lo que pasó á Cabral al comenzar el siglo XVI, es cosa parecida á lo que ocurrió al piloto que partió de Huelva ó de otra parte, algunos años antes que Colón, que sin quererlo se encontró en Haití, como él y antes que él.

Esto nos explica la ansiedad que se apoderó de Colón cuando ya había recorrido setecientas leguas, después de haber seguido un derrotero occidental completamente desesperado de no encontrar la tierra que le habían anunciado viró al SO., llegando á las Lucayas ó Bahamas, que están cerca de Haití.

Esto prueba que no iba como un viajero cualquiera á descubrir un continente, sino las islas á donde había llegado casualmente otro piloto, que había fijado la distancia que se debía recorrer y naturalmente le sorprendía el no encontrar la tierra anunciada al fin de esa distancia.

De aquí la necesidad de suponer la relación del infortunado piloto, sea Alonso Sánchez, de Huelva, ú otro cualquiera.

Hoy se razona después de un mundo descubierto y no por descubrir, no se razona acertadamente porque no se pone uno en el caso de los europeos del siglo XV que sólo veían un continente, pues no tenían idea de otro antes de verlo alguien casualmente.

De aquí se deduce que debemos cambiar nuestras antiguas ideas, porque todos podemos equivocarnos, siendo la vida entera una serie de rectificaciones continuas: hoy pensamos como no pensábamos ayer, ó á los veinte años.

Hagamos, pues, lo mismo que los españoles, que invitaban á todas las naciones para celebrar en Madrid el cuarto centenario de Colón, y concluyeron por llamar á las fiestas, en vista de los resultados de la crítica: cuarto centenario del descubrimiento de América y "no de Colón".

Puesto que el mundo europeo no podía prever el nuestro, nadie podía aconsejarle á Colón el descubrimiento, si no había un derrotero cuyo secreto se lo confiaba. No hay, por tanto, descubrimiento sino hallazgo, ni sabios que lo inspiren, llámense Toscanelli ó de otra manera.

Lima, 19 de setiembre de 1911.

MANUEL GONZÁLEZ DE LA ROSA

